

1º Premio

Marta Martínez Sáez

Pamplona (Navarra)

A la sombra de mi madre

7:20 am. Suena el despertador; no puedo creerlo, apenas hace tres horas le había dado la última toma de biberón al bebé... Me había costado dormirme, pues mi cabeza no paraba de repasar la innumerable lista de cosas que tenía que hacer cuando los primeros rayos de sol empezaron a asomar por mi ventana.

Me cuesta levantarme, hace frío y las sábanas pesan como una losa encima del cuerpo aún caliente por el cansancio. Me sumerjo en una ducha de agua hirviendo, aún tengo cinco minutos para disfrutar del silencio del hogar. Todos duermen. El ruido del agua me hace liberar la mente de responsabilidades, creo que aún duermo... El llanto al otro lado de la habitación me hace aterrizar de repente, tiene hambre...

Me dispongo a preparar los desayunos, a revisar la mochila de la excursión de mi hija, los almuerzos, los platos... -había olvidado que los había dejado sin fregar la noche anterior, creo que puedo hacerlo mientras se calienta la leche-. Miro el reloj cuando el amargo sabor del primer sorbo de café apenas ha acariciado mi garganta.

Despierto a los niños, se quejan, no quieren ir al colegio. Como cada día tratan de inventarse un sinfín de enfermedades, ahora llega el momento de transformarme en "Sherlock Holmes" para descubrir qué parte de verdad hay en todo ello. Termómetro en mano, vaso de agua y unos cuantos mimos y besos han sido, al menos hoy, suficientes para conseguir animar un día más a los pequeños de la casa.

Se acerca la hora, y aun juegan a perder las galletas en el fondo del vaso; la leche sigue estando demasiado caliente. Ordeno los cuartos y ventilo la casa, un viento suave y a su vez gélido atraviesa de punta a punta cada rincón de nuestro pequeño hogar. Me miro en el espejo, debería haberme secado el pelo cuando salí de la ducha... intento hacer algo con esos rizos que de momento tapan mi frente y apenas me dejan

ver. Preparo al bebé. Ahora sí, al fin llega mi momento. Abro el armario... una gran montaña de ropa se abre frente a mí, pero para sorpresa de todos no encuentro nada que conjunte con otra mañana de prisas y ajetreo. Al parecer ayer olvidé poner la colada. Mis escasas esperanzas de que quien duerme junto a mí lo haya hecho se desvanecen al instante cuando al fondo del balcón atisbo el tendedero con sus cuerdas desnudas.

Como cada día justo antes de salir, vuelvo a cambiar al bebé -tan oportuno siempre-... La leche ahora está fría, vuelvo a calentarla para que puedan terminar de desayunar. Es en estos momentos cuando recuerdo la capa de heroína que se enfundaba mi madre para poner en marcha a una familia con el doble de miembros y la mitad de recursos cada mañana.

Es el momento de salir y coger todo lo necesario para poder afrontar un día entero fuera de casa. Debo rebuscar rápidamente en mi memoria la lista que durante toda la noche he estado repasando una y otra vez. Creo que está todo aunque, seguramente, olvidaré algo como casi siempre me ocurre. No tengo cabeza para más.

El frío polar penetra hasta mis huesos tan rápido como abro la puerta, o al menos es así como yo lo siento. Abrigo, bufanda, guantes, todos bien calentitos, llega la guerra de colocarnos en el coche. Cinturones, silla, elevador... Ahora sí, por fin en marcha. Canto con ellos, estoy feliz; les motivo al comenzar el día, aunque el cansancio se siga apoderando de mí cada minuto.

9:30. Llegó el momento, ahora es cuando comienza mi día. Por delante me aguarda una "jornada laboral" de ocho horas, lo se contabiliza como productivo o "de provecho". Acaricio la barba alrededor de una boca que, pese a todo, se esfuerza por dibujar una sonrisa cada mañana. Ya estoy listo.